

COMPRENDER LA HEGEMONÍA – 2

En la primera parte de este trabajo argumenté que el reciente resurgimiento de los conceptos de «imperio» e «imperialismo» es consecuencia sobre todo de la adopción por parte de la administración Bush de un nuevo programa imperialista a raíz del 11 de septiembre, el neoconservador Proyecto para un Nuevo Siglo Americano¹. Mi objetivo era analizar las circunstancias sociales, económicas y políticas que propiciaron la adopción de esa política, y en particular su relación con las turbulencias experimentadas por la economía global desde la década de 1970. Comenzaba examinando la interpretación que ofrece David Harvey en *El nuevo imperialismo* de la relación entre imperialismo y desarrollo capitalista, centrándome específicamente en sus conceptos de «solución espacial» y de «acumulación por desposesión» como medios con los que analizar el curso actual de la Administración de Bush². Argumentaba que, lejos de sentar las bases para un segundo «siglo americano», la ocupación de Iraq ha deteriorado la credibilidad del poderío militar estadounidense, ha socavado la centralidad de Estados Unidos y del dólar en la economía política global y ha reforzado la tendencia hacia el surgimiento de China como alternativa al liderazgo estadounidense en la región de Asia oriental y más en general. Habría sido difícil imaginar un fracaso más rápido y completo del proyecto imperial neoconservador. Muy probablemente, la apuesta neoconservadora por la supremacía global quedará inscrita en la historia como una de las varias «burbujas» que marcaron la crisis terminal de la hegemonía estadounidense³.

La implosión de esta peculiar burbuja ha transformado, pero no disuelto, las circunstancias histórico-mundiales que generaron el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano. En esta segunda y última parte del artículo ilustraré esas circunstancias utilizando los conceptos de solución espacial y

¹ G. ARRIGHI, «Comprender la Hegemonía – 1», *NLR* 32 (mayo-junio de 2005).

² D. HARVEY, *The New Imperialism*, Oxford, 2003 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004].

³ George Soros caracterizó la apuesta neoconservadora por la supremacía global como una «burbuja» mucho antes de que se hiciera evidente su despliegue. G. SOROS, *The Bubble of American Supremacy: Correcting the Misuse of American Power*, Nueva York, 2004.

de acumulación por desposesión acuñados por Harvey en una perspectiva más amplia que la suya, en la que el «nuevo imperialismo» aparecerá como el resultado de un largo proceso histórico consistente en soluciones espaciales de escala y ámbito cada vez mayores, por un lado, y, por otro, del intento estadounidense de poner fin a ese proceso mediante la formación de un gobierno mundial centrado en Estados Unidos. Esta pretensión, según argumentaré, forma parte de la hegemonía estadounidense desde un principio, pero con George W. Bush ha alcanzado sus límites y probablemente dejará de ser el determinante primordial de las transformaciones actuales en la economía política global.

I. SOBRECUMULACIÓN Y FINANCIARIZACIÓN

Como sugiere Harvey, existe una relación interesante entre la observación de Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* de que «para la protección de una acumulación sin fin de capital se precisa una acumulación sin fin de poder», y mi propia observación empírica en *El largo siglo xx* de que la expansión del capitalismo mundial se ha basado en la formación de organizaciones capitalistas dirigentes cada vez más poderosas⁴. Esa correspondencia, no obstante, no es tan «exacta» como él sugiere, ya que la observación de Arendt se refiere a la acumulación de poder y capital en los Estados, mientras que la mía se refiere a la acumulación de poder y capital en un sistema de Estados en evolución. Esa diferencia es crucial en más de un aspecto.

Arendt nos llama la atención sobre el proceso por el que los Estados capitalistas tienden a experimentar una acumulación de «dinero superfluo» (esto es, más capital del que se puede reinvertir rentablemente dentro de sus fronteras nacionales), a la que acompaña la necesidad de aumentar su poder a fin de proteger una propiedad que crece sin cesar. Desde esta perspectiva, el imperialismo de tipo capitalista es una política destinada a localizar salidas externas rentables para el capital excedente y a fortalecer el poder del Estado. Mi observación, en cambio, llama la atención sobre el proceso por el que organizaciones capitalistas cada vez más poderosas se han convertido en agencias de expansión de un sistema de acumulación y dominio que desde un principio abarcaba una multiplicidad de Estados. Desde esta perspectiva, el imperialismo de tipo capitalista es un aspecto de las luchas recurrentes en las que los Estados capitalistas han utilizado medios coercitivos con el fin de inclinar a su favor los desplazamientos espaciales que lleva consigo la acumulación «sin fin» de capital y de poder⁵.

⁴ D. Harvey, *The New Imperialism*, cit., p. 34; [*El nuevo imperialismo*, cit., p. 44]; véase G. Arrighi, «Hegemony Unravelling, Part 1», p. 29 [Comprender la Hegemonía – 1», cit., p. 25].

⁵ Prefiero el calificativo «sin fin» al «interminable» utilizado por Arendt, porque «sin fin» conlleva el significado más preciso de una acumulación que supuestamente «no acaba nunca» y que constituye al mismo tiempo un «fin en sí misma», concluya efectivamente o no. Lo escribiré siempre entre comillas para subrayar ese doble significado.

Como subraya Harvey, el capital financiero respaldado por el poder estatal desempeña un papel mediador crucial tanto en la producción de espacio asociada a la reproducción ampliada del capital como en las «prácticas caníbales y devaluaciones forzadas» que constituyen la esencia de la acumulación por desposesión. No precisa, sin embargo, las coordinadas histórico-mundiales de esa función. Como Arendt, parece participar de la opinión de que el capital financiero deriva del capitalismo industrial del siglo XIX. Aunque esto puede ser cierto para el desarrollo capitalista en determinados países, ciertamente no lo es a escala mundial.

Ciclos de acumulación

Como demostró Fernand Braudel, el «capitalismo financiero», o lo que ahora llamamos financiarización, «no nació en la primera década del siglo XX», sino que

en el pasado, aunque sólo sea en Génova o en Amsterdam, ya supo, después de un fuerte crecimiento del capital mercantil y una acumulación de capitales que sobrepasaba las ocasiones normales de inversión, apoderarse del lugar y dominar –por un tiempo– el conjunto del mundo de los negocios⁶.

Esta afirmación tiene una doble importancia para nuestro objetivo actual. En primer lugar sugiere que, a escala histórico-mundial, la financiarización (la capacidad del capital financiero de «dominar –por un tiempo– el conjunto del mundo de los negocios») ha sido el resultado de una sobreacumulación recurrente de capital («la acumulación de capitales [a una escala] que desbordaba las ocasiones normales de inversión»); y en segundo lugar indica que esta tendencia recurrente a la sobreacumulación y financiarización de capital era evidente mucho antes de que el capitalismo se vinculara al industrialismo.

Braudel también ofrece una lista de fechas, lugares y agencias que nos permiten enraizar en el espacio-tiempo histórico mundial las consideraciones teóricas de Harvey con respecto al capital financiero. Sugiere que la retirada de los holandeses del comercio en torno a 1740 para convertirse en «los banqueros de toda Europa» ejemplificaba una tendencia sistémica mundial recurrente. El mismo proceso se pudo observar en Italia en el siglo XV, y de nuevo en torno a 1560, cuando los principales grupos de la diáspora genovesa renunciaron gradualmente al comercio para ejercer durante aproximadamente setenta años un dominio sobre las finanzas europeas comparable al que ha ejercido en el siglo XX el Banco de Liquidaciones Internacionales de Basilea: «un dominio tan discreto y sofisticado que los historiadores no

⁶ F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme, XV^e-XVIII^e siècle*, vol. 3, *Le Temps du Monde*, París, 1979, p. 524 [ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, en *El tiempo del mundo*, vol. 3, Madrid, Alianza, 1984, p. 509; ed. ingl.: *Civilisation and Capitalism, 15th–18th Century*, en *The Perspective of the World*, vol. 3, Londres, 1984, p. 604].

se fijaron en él durante mucho tiempo». Después de los holandeses, los británicos reprodujeron la misma tendencia durante y después de la Gran Depresión de 1873-1896, cuando «la fantástica aventura de la revolución industrial» creó una sobreabundancia de capital dinero. Tras la aventura igualmente fantástica del fordismo-keynesianismo, podemos añadir, el capital estadounidense ha seguido desde la década de 1970 una trayectoria similar. «Ello no impide que toda evolución de este género parezca anunciar, con la etapa del desarrollo financiero, cierta madurez: es el *signo del otoño*»⁷.

A la luz de estas observaciones, la fórmula general del capital acuñada por Marx (DMD') puede interpretarse como una descripción, no sólo de la lógica de las inversiones capitalistas individuales, sino también de una pauta recurrente del capitalismo mundial. El aspecto central de esta pauta es la alternancia de épocas de expansión material (fases DM de acumulación de capital) con fases de expansión financiera (fases MD'). En las fases de expansión material, el capital-dinero (D) pone en movimiento una creciente masa de mercancías, entre ellas la fuerza de trabajo mercantilizada y los recursos naturales (M); y en las fases de expansión financiera una masa ampliada de capital-dinero (D') se libera de su forma mercancía y la acumulación se realiza mediante procedimientos financieros (como en la fórmula abreviada de Marx DD'). Esas dos épocas o fases juntas constituyen lo que he llamado un *ciclo sistémico de acumulación* (DMD')⁸.

Partiendo de esas premisas he distinguido cuatro de tales ciclos, cada uno de los cuales abarca un siglo «largo»: un ciclo ibérico-genovés, desde el siglo xv hasta mediados del xvii; un ciclo holandés, desde finales del siglo xvi hasta finales del xviii; un ciclo británico, desde mediados del siglo xviii hasta principios del xx; y el ciclo estadounidense, desde finales del siglo xix hasta la actual fase de expansión financiera. Cada ciclo recibe su nombre (y queda definido por) el complejo particular de agencias gubernamentales y empresariales que conducen el sistema capitalista mundial hacia la expansión, primero material y luego financiera, que constituyen conjuntamente el ciclo. Los dos ciclos sistémicos de acumulación sucesivos se solapan en su comienzo y final, porque las fases de expansión financiera no sólo han sido el «otoño» de importantes desarrollos del capitalismo mundial, sino también periodos en los que surgía un nuevo complejo dirigente estatal-empresarial que con el tiempo reorganizaba el sistema, haciendo así posible una nueva expansión⁹.

⁷ *Ibid.*, pp. 136, 205, 208 [ed. cast.: pp. 130, 199, 202; ed. ingl.: pp. 157, 164, 242-243, 246]; cursiva añadida.

⁸ G. ARRIGHI, *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origins of Our Times*, Londres, 1994, pp. 4-6 [ed. cast.: *El largo siglo xx*, Madrid, Akal, 1999, pp. 15-18].

⁹ Sobre la fundamentación histórica y teórica de los ciclos sistémicos de acumulación, véase G. Arrighi, *El largo siglo xx*, cit. Para un análisis detallado de las transiciones de la hegemonía holandesa a la británica y de esta última a la estadounidense, véase G. Arrighi y Beverly Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, 1999 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Akal, 2001].

Las expansiones materiales y financieras son, unas y otras, procesos de un sistema de acumulación y dominio que ha ido aumentando a lo largo de los siglos su escala y ámbito de acción, pero que desde el principio ha abarcado un gran número y variedad de agencias estatales y empresariales. En el seno de cada ciclo, las expansiones materiales tienen lugar gracias al surgimiento de un bloque particular de agencias estatales y empresariales capaz de conducir el sistema a una nueva solución espacial que crea las condiciones para una división del trabajo más amplia o más profunda. En estas condiciones, los beneficios del capital invertido en la producción y el comercio aumentan; éstos tienden a invertirse en una nueva expansión del comercio y la producción, de forma más o menos rutinaria; y consciente o inconscientemente, los principales centros del sistema cooperan en el mantenimiento de la expansión conjunta. Con el tiempo, no obstante, la inversión de una masa creciente de beneficios en la producción y el comercio conduce inevitablemente a una acumulación de capital que sobrepasa lo que se puede reinvertir con beneficio en la compra y venta de mercancías sin reducir drásticamente los márgenes de beneficio. En ese momento, las agencias capitalistas tienden a invadir los campos de operación de otras; la división del trabajo que hasta entonces definía los términos de su cooperación mutua se deteriora, y la competición se intensifica y se hace cada vez más despiadada. La perspectiva de recuperar el capital invertido en la producción y el comercio decrece, y las agencias capitalistas tienden a mantener en forma líquida una proporción cada vez mayor de sus recursos de tesorería. Se prepara así la escena para el cambio de fase de la expansión material a la financiera.

En todas las expansiones financieras de importancia sistémica, la acumulación de capital excedente en forma líquida ha tenido tres efectos principales. El primero ha transformado el capital excedente encarnado en terrenos, infraestructuras y medios de producción y comercio en una oferta creciente de dinero y crédito. El segundo ha privado a los gobiernos y poblaciones de las rentas antes procedentes de la producción y el comercio, al resultar éstos poco rentables o demasiado arriesgados. Finalmente, y como corolario de estos dos primeros efectos, estas expansiones financieras han creado nichos de mercado altamente rentables para los intermediarios financieros capaces de canalizar la creciente oferta de liquidez hacia las manos de gobiernos o poblaciones en dificultades financieras, o de empresarios públicos y privados empeñados en abrir nuevas vías para la obtención de beneficios en la producción o el comercio.

Normalmente, las agencias líderes de la anterior expansión material eran las mejor situadas para ocupar estos nichos de mercado y conducir así el sistema de acumulación hacia la expansión financiera. Esta capacidad de pasar de un tipo de liderazgo a otro ha sido la principal razón por la que, tras experimentar la crisis-señal de su hegemonía, todos los centros del capitalismo mundial han disfrutado de una *belle époque* de aumento temporal, pero muy significativo, de su riqueza y poder. La razón por la que las *belles époques* del capitalismo histórico han sido, todas ellas, fenómenos efímeros, es que tendían a profundizar en vez de resolver la crisis

subyacente de sobreacumulación. Exacerbaban así la competencia económica, los conflictos sociales y las rivalidades interestatales hasta niveles que sobrepasaban la capacidad de control del centro vigente. Antes de proceder a discutir la naturaleza siempre cambiante de las luchas que se produjeron a continuación, conviene hacer dos observaciones.

Mecanismos de transición

La primera es que todas las expansiones financieras conllevaban acumulación por desposesión. Baste mencionar que los préstamos de capital excedente a los gobiernos o poblaciones en dificultades financieras sólo eran rentables en la medida en que redistribuían activos o rentas de los prestatarios a las agencias de controlaban ese capital excedente. Redistribuciones masivas de este tipo han sido ingredientes clave de todas las *belles époques* del capitalismo financiero, desde la Florencia del Renacimiento hasta la era de Reagan y Clinton. Sin embargo, por sí mismas no suponían una solución a la crisis subyacente de sobreacumulación; por el contrario, al transferir capacidad de compra de las capas y comunidades con baja preferencia por la liquidez (esto es, con menor disposición a acumular capital-dinero) a otras capas y comunidades con mayor preferencia por la liquidez, tendían a provocar una sobreacumulación de capital cada vez mayor y nuevas crisis de rentabilidad. Además, al enojar a las capas y comunidades desposeídas, tendían a provocar también crisis de legitimidad. Una combinación de crisis de rentabilidad y de legitimidad es, por supuesto, la condición subyacente a la que Arendt y Harvey remiten el imperialismo de su época respectiva. Sin embargo, condiciones parecidas se podían observar sin dificultad en las expansiones financieras anteriores, exacerbando directa o indirectamente los conflictos en y entre los Estados¹⁰.

En un primer momento al menos, la escalada de conflictos interestatales beneficiaba a los centros existentes, porque acrecentaba las necesidades financieras de los Estados y con ello intensificaba su competencia por el capital en busca de inversión rentable, competencia que Max Weber consideraba «el rasgo distintivo a escala histórico-mundial de la era [moderna]»¹¹. Pero una vez que los conflictos se convertían en guerras importantes, los centros hasta entonces vigentes solían perder incluso en la esfera financiera frente a nuevos centros emergentes mejor situados para facilitar la acumulación «sin fin» de capital y de poder mediante una solución espacial de mayor escala y ámbito que el anterior.

Esto nos lleva a la segunda observación, que se refiere a la transferencia de capital excedente de los centros de desarrollo capitalista vigentes a los emergentes. Como se ha señalado anteriormente, el papel que Marx atri-

¹⁰ G. Arrighi, *El largo siglo xx*, cit. G. Arrighi y B. Silver, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, cit., especialmente el cap. 3.

¹¹ M. WEBER, *Economy and Society*, Berkeley, 1978, p. 354 [ed. cast.: *Economía y sociedad*, México, FCE, 1964]. Véase también M. WEBER, *General Economic History*, Nueva York, 1961, p. 249.

buía al sistema de crédito en la promoción de tal reubicación apunta a una invisible cooperación intercapitalista que *reduce* la necesidad de la acumulación por desposesión en los centros emergentes. También indicamos que la sucesión marxiana de centros capitalistas líderes (Venecia, Holanda, Inglaterra, Estados Unidos) apunta a una serie de soluciones espaciales de escala y ámbito cada vez mayor que creaban las condiciones para la resolución de la crisis de sobreacumulación precedente y el despegue de una nueva fase de expansión material¹². A esto deberíamos añadir ahora que las guerras desempeñaron un papel decisivo. En dos casos al menos (de los Países Bajos a Gran Bretaña y de Gran Bretaña a Estados Unidos), la reubicación de capital excedente de los centros maduros a los emergentes comenzó mucho antes de la escalada de conflictos interestatales, pero esa transferencia temprana estableció derechos sobre los activos y futuros ingresos de los centros emergentes que devolvían a los centros maduros flujos de interés, beneficios y rentas que igualaban o incluso sobrepasaban la inversión original. En lugar de debilitarla, reforzaba la posición del centro vigente en el mundo de las altas finanzas. Pero una vez que se intensificaban las guerras, la relación acreedor-deudor que vinculaba a los centros maduros con los emergentes se veía invertida y la fuerza y la reubicación hacia los centros emergentes se hacía más sustancial y permanente. Los mecanismos de esa inversión varían considerablemente de una transición a otra, pero en todos los casos las guerras fueron ingredientes esenciales del cambio de guardia en el puesto de mando del capitalismo mundial¹³.

II. ANTECEDENTES DEL NUEVO IMPERIALISMO

Contrariamente a lo que han querido entender algunos críticos, mi concepto de ciclos sistemáticos de acumulación no presenta la historia del capitalismo como «el eterno retorno de lo mismo»¹⁴, sino que muestra que

¹² G. Arrighi, «Hegemony Unravelling», Parte 1, p. 16 [Comprender la Hegemonía – 1», p. 20].

¹³ En la transición de la hegemonía holandesa a la británica, el mecanismo clave fue el saqueo de la India durante y después de la Guerra de los Siete Años, que permitió a Gran Bretaña amortizar la deuda nacional contraída con los holandeses e iniciar así las guerras napoleónicas prácticamente sin deuda externa. Véanse R. DAVIS, *The Industrial Revolution and British Overseas Trade*, Leicester, 1979, pp. 55-56; P. J. CAIN y A. G. HOPKINS, «The Political Economy of British Expansion Overseas, 1750-1914», *Economic History Review*, 2ª ser., vol. 33, núm. 4, p. 471, y G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, pp. 208-212 [El largo siglo xx, cit., pp. 252-255]. En la transición británico-estadounidense, el mecanismo clave fue el suministro por Estados Unidos durante la guerra de armamentos, maquinaria, alimentos y materias primas muy por encima de lo que Gran Bretaña podía pagar con sus ingresos. Véanse B. EICHENGREEN y R. PORTES, «Debt and Default in the 1930s: Causes and Consequences», *European Economic Review*, vol. 30, núm. 3, pp. 601-603; P. KENNEDY, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, 1987, p. 268; G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, cit., pp. 73-77 [Caos y orden en el sistema-mundo moderno, cit., pp. 79-84]. Las peculiaridades de la actual transición de Estados Unidos al Asia oriental fueron ya mencionadas en el segundo apartado de «Comprender la Hegemonía – 1», cit., y volveré sobre ellas en el último apartado de este artículo.

¹⁴ M. HARDT y A. NEGRI, *Empire*, Cambridge (MA), 2000, p. 239 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 223-224].

precisamente cuando lo «mismo» (esto es, las expansiones financieras recurrentes a escala sistémica) parecían reproducirse, *nuevas* rondas de competencia intercapitalista, rivalidades interestatales, acumulación por desposesión y producción de espacio a una escala cada vez mayor *revolucionaban* la geografía y el modo de funcionamiento del capitalismo mundial, así como sus relaciones con las prácticas imperialistas. Así, pues, si nos centramos en los «contenedores de poder»¹⁵ en los que se han alojado los «cuarteles generales» de las principales agencias capitalistas de los sucesivos ciclos de acumulación, vemos inmediatamente una evolución desde la ciudad-Estado y la diáspora empresarial cosmopolita (los genoveses) a un Estado protonacional (las Provincias Unidas) y sus compañías estatutarias por acciones, para pasar luego a un Estado multinacional (el Reino Unido) y su imperio tributario que abarcaba todo el globo, y por último a un Estado nacional de tamaño continental (Estados Unidos) y su sistema a escala mundial de corporaciones transnacionales, bases militares e instituciones de gobierno mundial¹⁶.

Como muestra esa progresión, ninguna de las agencias que han promovido la formación y expansión del capitalismo mundial corresponde al Estado nacional mítico de la teoría política y social: Génova y las Provincias Unidas eran algo menos que Estados nacionales, y el Reino Unido y Estados Unidos algo más. Y desde el principio las redes de acumulación y de poder que permitieron a esas agencias desempeñar un papel dirigente en la formación y expansión del capitalismo mundial no estaban «contenidas» dentro de los territorios metropolitanos que definían su identidad protonacional, multinacional o nacional. De hecho, el comercio a larga distancia, las altas finanzas y las prácticas imperialistas relacionadas con ellas (esto es, las actividades bélicas y de construcción de imperios) eran fuentes de beneficio aún más esenciales para las primeras agencias que para las últimas. Como mantiene Arendt, el imperialismo debe considerarse como «la primera etapa del dominio político de la burguesía más que la última etapa del capitalismo»¹⁷, pero esa primera etapa debe situarse en las ciudades-Estado de la temprana modernidad más que en los Estados nacionales de finales del siglo XIX, como ella sugiere.

El hecho de que las prácticas imperialistas fueran una fuente de beneficio más decisiva en las primeras etapas de la expansión capitalista que en las últimas no significa que las políticas y acciones de estas últimas agencias hayan sido menos imperialistas que las de las primeras; por el con-

¹⁵ Anthony Giddens introdujo esta expresión para caracterizar los Estados, especialmente los Estados nacionales. Como observará el lector, aquí se utiliza para designar un conjunto de organizaciones más amplio. A. GIDDENS, *Contemporary Critique of Historical Materialism*, vol. 2: *The Nation-State and Violence*, Berkeley, 1987.

¹⁶ Se pueden consultar los detalles de esa evolución en G. Arrighi, *El largo siglo XX*, cit., G. Arrighi y B. Silver, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, cit., cap. 1; G. Arrighi y B. Silver, «Capitalism and World (Dis)Order», *Review of International Studies*, vol. 27, núm. 5, pp. 257-279.

¹⁷ H. ARENDT, *The Origins of Totalitarianism* [1951], Nueva York, 1966, p. 138.

trario, lo han sido cada vez más, debido a la creciente interpenetración de las estrategias capitalista y territorialista de poder. Esta tendencia se puede observar claramente comparando la geografía histórica de los sucesivos ciclos sistémicos de acumulación.

Incluso antes de que comenzara a materializarse el primer ciclo, algunas ciudades-Estado italianas, y en particular Venecia, habían demostrado la viabilidad de una estrategia capitalista de poder en el contexto europeo de la temprana modernidad. Los gobernantes que desarrollaban estrategias territorialistas pretendían acumular poder ampliando sus dominios territoriales. Las burguesías que controlaban las ciudades-Estado italianas, en cambio, pretendían acumular poder ampliando su dominio sobre el capital-dinero, absteniéndose de adquisiciones territoriales a menos que fueran absolutamente esenciales para la acumulación de capital¹⁸. El éxito de esta estrategia se basaba en la interacción de dos condiciones: una era el equilibrio de poder entre las grandes organizaciones territoriales del subcontinente europeo; la otra era la extroversión del emergente sistema europeo de Estados, esto es, el hecho de que la búsqueda exitosa de beneficio y poder *dentro* de Europa dependía decisivamente del acceso privilegiado a recursos localizados *fuera* de Europa mediante el comercio o el saqueo. El equilibrio de poder aseguraba no sólo la supervivencia política de organizaciones capitalistas territorialmente circunspectas, sino también que la competencia entre las grandes organizaciones territoriales por los recursos financieros proporcionara poder a las organizaciones capitalistas que controlaban dichos recursos. Al mismo tiempo, la extroversión de la lucha por el poder europea aseguraba que esa competición se viera continuamente renovada por la necesidad de los Estados de superarse unos a otros en la obtención de un acceso privilegiado a los recursos situados de fuera de Europa.

Inicialmente, la combinación de estas dos condiciones fue extremadamente favorable a la estrategia capitalista de poder. De hecho lo fue tanto que su agencia más exitosa fue una organización casi absolutamente desterritorializada. En efecto, la designación ibérico-genovesa del primer ciclo sistémico de acumulación no se refiere a la República de Génova como tal, una ciudad-Estado que durante todo el ciclo llevó una existencia políticamente precaria y que «contenía» muy poco poder, sino a las redes comerciales y financieras transcontinentales que permitieron a la clase capitalista genovesa, organizada en una diáspora cosmopolita, negociar en condiciones de igualdad con los gobernantes más poderosos de Europa y convertir la competencia por el capital entre esos gobernantes en un poderoso motor para la expansión de su propio capital. A partir de esa posición de fuerza, la diáspora capitalista genovesa entró en una relación muy rentable de intercambio político informal con los gobernantes de Portugal y de la España imperial. En virtud de esa relación, los gobernantes ibéricos asumieron todas las actividades bélicas y de construcción del Estado que correspondían

¹⁸ G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, cit., pp. 33-34 [*El largo siglo xx*, cit., pp. 49-50].

a la formación de un mercado y un imperio de ámbito mundial, mientras que los capitalistas de la diáspora genovesa se especializaban en la lubricación comercial y financiera de esas actividades. A diferencia de los Fugger, que se arruinaron debido a su vinculación con la España imperial, los genoveses ganaron probablemente de esa relación más que sus socios ibéricos. Como observaba Richard Ehrenberg, «no fueron las minas de plata de Potosí, sino las ferias comerciales de los genoveses las que permitieron a Felipe II mantener su política de potencia mundial década tras década». Pero en ese proceso, como se lamentaba Suárez de Figueroa en 1617, España y Portugal se convirtieron en «las Indias de los genoveses»¹⁹.

El ascenso de Amsterdam

En el segundo ciclo sistémico de acumulación (holandés), las condiciones para la prosecución de una estrategia de poder estrictamente capitalista siguieron siendo favorables, pero no tanto como en el primer ciclo. Evidentemente, los intensos conflictos que enfrentaron entre sí a los mayores Estados territoriales de Europa fueron esenciales para el ascenso holandés, y en 1648 la paz de Westfalia proporcionó cierta estabilidad institucional al equilibrio de poder europeo. Además, conviene no olvidar que en el siglo XVII los holandeses pudieron ampliar la escala espacial de sus operaciones desde el Báltico hasta el Atlántico y el Índico tan fácil y rápidamente como lo hicieron únicamente porque los ibéricos habían conquistado ya las Américas y habían establecido una ruta marítima directa hasta las Indias orientales. Sin embargo, el panorama geopolítico creado en Europa con la solución espacial ibérica de ámbito mundial no dejaba espacio para el tipo de estrategia capitalista de poder que había propiciado la fortuna de la diáspora genovesa durante el «largo» siglo XVI. De hecho, los holandeses consiguieron construir a partir del imperio marítimo y territorial ibérico el sistema de puestos de intermediación e intercambio comercial y de compañías estatutarias por acciones centrado en Amsterdam que sirvió de base para el segundo ciclo sistémico de acumulación, precisamente haciendo lo que los genoveses no habían hecho, esto es, convirtiéndose en autosuficientes en la organización de la guerra y la construcción del Estado²⁰.

Violet Barbour ha afirmado que el sistema centrado en Amsterdam fue el último ejemplo de «un auténtico imperio del comercio y el crédito [...] mantenido por una ciudad por derecho propio, sin que lo sostuvieran las fuer-

¹⁹ R. Ehrenberg es citado en P. KRIEDTE, *Peasants, Landlords and Merchant Capitalists: Europe and the World Economy, 1500-1800*, Cambridge, 1983, p. 47 y Suárez de Figueroa en J. H. ELLIOTT, *The Old World and the New 1492-1650*, Cambridge, 1970, p. 96. Los detalles del ciclo ibérico-genovés se pueden consultar en G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, pp. 109-132 y 145-151 [*El largo siglo XX*, cit., pp. 135-161, 175-183].

²⁰ G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, pp. 36-47, 127-151 [*El largo siglo XX*, cit., pp. 53-64, 155-184]; G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, cit., pp. 39-41, 99-109 [*Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, cit., pp. 47-50, 107-116.]

zas de un Estado moderno»²¹. Dado que las Provincias Unidas combinaban rasgos de las ciudades-Estado que iban desapareciendo con los de los Estados nacionales en ascenso, resulta discutible si se trataba o no de un «Estado moderno», pero sean cuales sean las características que queramos poner de relieve, el ciclo holandés parece haber sido la divisoria entre dos épocas distintas del capitalismo histórico: la época de las ciudades por un lado, y la de los Estados territoriales y la economía nacional, por otro.

En el centro de una Europa hinchada por sus éxitos y que tiende, a fines del siglo XVIII, a convertirse en el mundo entero, la zona dominante debió ensancharse para equilibrar el conjunto. Las ciudades solas, o casi solas, insuficientemente apoyadas por la economía próxima que las refuerza, pronto no satisfarán las condiciones necesarias. Los Estados territoriales las sustituirán²².

Nos ocuparemos más adelante de la cuestión de por qué tenía que «crecer en tamaño» la zona central para «equilibrar toda la estructura». Limitémonos por el momento a señalar que el surgimiento de los Estados territoriales como principales agencias de la expansión capitalista supuso una interpenetración mucho mayor que la vigente hasta entonces entre capitalismo e imperialismo. Aunque la fortuna de la diáspora capitalista genovesa había dependido decisivamente de las actividades bélicas y de construcción del imperio de sus socios ibéricos, la propia diáspora se abstuvo terminantemente de tales actividades. El capitalismo genovés y el imperialismo ibérico se sostenían mutuamente, pero mediante una relación de intercambio político que reproducía de principio a fin sus identidades organizativas específicas. Aunque en el ciclo holandés no existió tal separación, la lucha por la independencia que llevaron a cabo las Provincias Unidas durante 80 años contra la España imperial proporcionó al capitalismo holandés una duradera identidad antiimperialista. Después de que aquella guerra hubiera acabado, Peter de la Court podía presentar a Holanda como un «gato» en una jungla de fieras salvajes, los Estados territoriales de Europa: «Leones, tigres, lobos, zorros, osos, o cualesquiera otros animales de presa, que a menudo perecen por su propia fuerza, siendo sorprendidos allí donde acechan el paso de otros». Aunque un gato se asemeja a un león, Holanda era y seguiría siendo un gato, porque «somos por naturaleza comerciantes, y no se nos puede convertir en soldados», y «podemos conseguir más en tiempos de paz y buen comercio que mediante la guerra, que lo arruina»²³.

En realidad, el sistema holandés de acumulación, que ciertamente se benefició más de la paz que de la guerra después de Westfalia, se había construido mediante la guerra y la ruina del comercio ibérico hasta ese momento. Además, en el mundo no europeo, especialmente en el archi-

²¹ V. BARBOUR, *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth Century*, Baltimore, 1950, p. 13.

²² F. Braudel, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme, XV^e-XVIII^e siècle*, vol. 3, *Le Temps du Monde*, París, 1979, p. 524 cit., p. 145 [ed. cast.: p. 139; ed. ingl.: p. 175]. *Cursiva añadida*.

²³ Citado en P. TAYLOR, «Ten Years that Shook the World? The United Provinces as First Hegemonic State», *Sociological Perspectives*, vol. 37, núm. 1, pp. 36 y 38.

piélago indonesio, el «gato holandés» destacaba entre las «fieras depredadoras» europeas en el uso de la violencia para destruir las pautas existentes de producción y comercio a fin de crear otras más favorables a su propia acumulación «sin fin» de capital. La metáfora de De la Court establecía sin embargo una distinción, que se mantuvo durante todo el ciclo holandés, entre el imperialismo de los grandes Estados territoriales europeos y el capitalismo territorialmente parco de la República Holandesa, ya que su estrategia de poder se basaba ante todo, no en la expansión de sus dominios territoriales, sino en la expansión de su control sobre el capital-dinero y el sistema internacional de crédito. Combinando las estrategias veneciana y genovesa, utilizaba el dinero y el crédito como medios clave para convertir las luchas entre los Estados territoriales de Europa en motor de la expansión de su capital. Con el tiempo, no obstante, la intensificación de esas luchas socavó el éxito de la estrategia holandesa, y al mismo tiempo creó las condiciones para una fusión completa entre capitalismo e imperialismo en las prácticas del Estado que surgió finalmente como nuevo líder de la expansión capitalista²⁴.

A fin de entender las razones para que se produjera esa fusión debemos volver a la afirmación de Braudel de que la escala territorial del centro dominante del sistema de acumulación debía mantenerse a la par con el incremento de la escala espacial del sistema. El propio Braudel sugiere que una de las principales razones por las que la pequeña escala territorial de los Países Bajos se convirtió en una traba para que pudiera mantenerse como centro del sistema europeo de acumulación que se iba globalizando fue una escasez estructural de mano de obra. «Holanda –afirma– sólo podía cumplir su papel como transportista en alta mar mientras dispusiera de la mano de obra necesaria, reclutada entre los desaharrapados de toda Europa». Fue la pobreza del resto de Europa la que «permitió a los holandeses “establecer” su República»²⁵. Pero en cuanto un creciente número de Estados europeos decidieron internalizar dentro de sus propios dominios las fuentes de la riqueza y el poder holandeses mediante una combinación u otra de mercantilismo e imperialismo, la competencia por la mano de obra europea se intensificó y el escaso tamaño de la República Holandesa se convirtió en un obstáculo cada vez más insuperable. Como se lamentaba Stavorinus,

desde 1740, el gran número de guerras navales, el tremendo incremento del comercio y de la navegación, particularmente en muchos países en los que antes se atendía poco a esas cuestiones, y la consiguiente demanda, elevada y continua, de marinos competentes, tanto para la marina mercante como para la guerra en el mar, habían reducido de modo tan considerable la oferta de los mismos que nuestro propio país, donde anteriormente había una gran abundancia de marineros, se enfrenta ahora con grandes dificultades y gastos,

²⁴ G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, cit., pp. 144-158 [*El largo siglo xx*, cit., pp. 175-191], G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, cit., pp. 48-51 [*Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, cit., pp. 55-58].

²⁵ F. Braudel, *Le Temps du Monde*, cit., pp. 154-155 [ed. cast.: pp. 148-149 ; ed. ingl.: pp. 192-193].

de forma que ningún barco puede procurarse el número apropiado de brazos útiles para hacerlo navegar²⁶.

Los holandeses tampoco podían competir con los grandes Estados territoriales en el poblamiento de las colonias, simplemente porque había demasiado pocos holandeses disponibles para ese fin. Como consecuencia, en Norteamérica la mayoría de la población colonial y casi todos los comerciantes, plantadores y profesionales acomodados eran británicos, habituados a tratar con manufacturas de procedencia británica y a vender sus productos a través de intermediarios británicos. Los puertos ingleses comenzaron así a desafiar y luego a superar el comercio de intermediación de Ámsterdam. Además, mientras que las industrias holandesas languidecían, las británicas se expandían rápidamente bajo el impacto conjunto del comercio atlántico y la creciente protección gubernamental²⁷. El éxito británico en la superación de los holandeses, tanto en la expansión comercial en ultramar como en la industria doméstica, redujo gradualmente la cuota de Amsterdam en el comercio de intermediación; pero el golpe mortal a la supremacía comercial holandesa provino de la extensión de las prácticas mercantilistas a la región del Báltico y del consiguiente deterioro de lo que había sido hasta entonces el «comercio matriz» del capitalismo holandés²⁸.

El dominio de Londres

Fue de este contexto del que emergió el Reino Unido como nuevo líder de la acumulación «sin fin» de capital y de poder mediante una fusión completa del capitalismo e imperialismo. Una vez que Londres hubo desplazado a Amsterdam como centro financiero del sistema interestatal europeo en la década de 1780, el Reino Unido se convirtió en el principal beneficiario de la competencia interestatal por el capital en busca de inversión. A este respecto, heredó la tradición capitalista iniciada por los genoveses durante el «largo» siglo XVI y desarrollada luego por los holande-

²⁶ Citado en Ch. BOXER, *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800*, Nueva York, 1965, p. 109.

²⁷ Ch. Boxer, *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800*, cit., p. 109; R. DAVIS, «The Rise of Protection in England, 1689-1786», *Economic History Review*, vol. 19, núm. 2, p. 307; «English Foreign Trade, 1700-1774», en W. E. MINCHINTON (ed.), *The Growth of English Overseas Trade in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Londres, 1969, p. 115; y W. E. Minchinton, *Growth of English Overseas Trade*, p. 13, Introducción.

²⁸ «La razón fundamental para el declive decisivo del sistema holandés de comercio mundial en las décadas de 1720 y 1730 fue la oleada de mercantilismo industrial de nuevo tipo que se extendió prácticamente a todo el continente a partir de 1720 [...]. Hasta esa fecha países como Prusia, Rusia, Suecia y Dinamarca-Noruega no habían contado con los medios, y debido al desarrollo de la Gran Guerra del Norte tampoco con la oportunidad, de emular el agresivo mercantilismo de Inglaterra y Francia. Pero en torno a 1720 la agudizada competencia entre las potencias del norte, combinada con la difusión de nuevas tecnologías y habilidades, con frecuencia de origen holandés o hugonote, propiciaron un cambio espectacular. Al cabo de dos décadas la mayoría del norte de Europa se había insertado en el marco de una política industrial sistemáticamente mercantilista». Jonathan ISRAEL, *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740*, Oxford, 1989, pp. 383-384.

ses durante el «largo» siglo XVII. En otros aspectos, no obstante, el Reino Unido era también el heredero de la tradición imperialista iniciada por los socios ibéricos de los genoveses, tradición que el «antiimperialismo» de los holandeses y la estabilización del equilibrio de poder europeo en Westfalia sólo había invertido temporal y parcialmente²⁹.

Esta fusión peculiar entre capitalismo e imperialismo proporcionó a la acumulación «sin fin» de capital y poder una solución espacial y organizativa que difería del típico ciclo holandés en aspectos clave. Geopolíticamente, el sistema interestatal establecido en Westfalia bajo el liderazgo holandés era auténticamente anárquico, esto es, caracterizado por la ausencia de un dominio central. En el sistema interestatal reconstituido tras las guerras napoleónicas bajo el liderazgo británico, en cambio, el equilibrio de poder europeo se transformó, al menos durante un tiempo, en un instrumento del dominio informal británico. Tras obtener el control del equilibrio de poder durante las guerras napoleónicas, los británicos adoptaron varias medidas para asegurar que permanecería en sus manos. Mientras aseguraban a los gobiernos absolutistas de la Europa continental organizados en la Santa Alianza que los cambios en el equilibrio de poder sólo se producirían mediante consultas en el recientemente establecido Concierto de Europa, crearon dos contrapesos a su poder. En Europa, exigieron y obtuvieron que la Francia derrotada quedara incluida entre las grandes potencias, aunque controlada como potencia de segundo orden. En las Américas contrarrestaron los diseños de la Santa Alianza de restaurar el dominio colonial manteniendo el principio de no intervención en América Latina e invitando a Estados Unidos a apoyar ese principio. Lo que más tarde se convertiría en la doctrina Monroe —la idea de que Europa no debía intervenir en los asuntos americanos— fue inicialmente una política británica³⁰.

Al tiempo que perseguía su interés nacional en la preservación y consolidación de una estructura de poder fragmentada y «equilibrada» en la Europa continental, Gran Bretaña fomentó la percepción de que su abrumador poderío mundial se ejercía en nombre del interés general, tanto de los antiguos enemigos como los antiguos aliados, de las nuevas repúblicas de las Américas como de las viejas monarquías europeas. Esta percepción se consolidó mediante la liberalización *unilateral* por parte de Gran Bretaña de su comercio, que culminó en la abrogación de las Leyes del Grano en 1846 y de las Leyes de Navegación en 1849. Durante los siguientes veinte años, cerca de un tercio de las exportaciones del resto del

²⁹ Véase G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, pp. 47-58, 159-169 [El largo siglo XX, cit., pp. 64-77, 192-204].

³⁰ Véanse K. POLANYI, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, [1944], Boston 1957, pp. 5-7 y 259-262; D. WEIGALL, *Britain and the World, 1815-1986: A Dictionary of International Relations*, Nueva York, 1987, pp. 58, 111; H. KISSINGER, *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace, 1812-1822*, Nueva York, 1964, pp. 38-39 [ed. cast.: *Un mundo restaurado*, México, FCE, 1973]; A. AGUILAR MONTEVERDE, *Pan-Americanism from Monroe to the Present: A View from the Other Side*, Nueva York, 1968, pp. 23-25.

mundo fueron a parar a Gran Bretaña, mientras que Estados Unidos, con casi el 25 por 100 de todas las importaciones y exportaciones, era su mayor socio comercial, y a los países europeos continentales les correspondía otro 25 por 100. Mediante esta política Gran Bretaña abarató los costes domésticos de suministros vitales y al mismo tiempo proporcionó a otros países los medios de pago con los que comprar sus manufacturas. También atrajo a gran parte del mundo occidental a su órbita comercial, fomentando la cooperación interestatal y asegurando bajos costes de protección para su comercio de ultramar y su imperio territorial³¹.

A este respecto, el sistema de acumulación centrado en el Reino Unido difería también radicalmente de su predecesor holandés. En ambos sistemas los territorios metropolitanos del principal Estado capitalista desempeñaban el papel de centro de distribución e intermediación neurálgico. Pero poco después de que el sistema holandés se asentara como predominante, comenzó a verse desafiado por el agresivo mercantilismo de Gran Bretaña y Francia. El sistema británico, en cambio, se pudo consolidar aún más mediante la paz más larga de la historia europea –la Paz de los Cien Años de Polanyi– (1815-1914). El dominio británico del equilibrio de poder europeo y su centralidad en el comercio mundial eran las condiciones –que se reforzaban mutuamente– de esa paz. La primera reducía la probabilidad de que cualquier Estado tuviera la capacidad de desafiar la supremacía comercial británica de la misma forma que los británicos habían desafiado la supremacía holandesa después de Westfalia. La segunda «enjaulaba» a un creciente número de Estados territoriales en una división global del trabajo que reforzaba los intereses de cada uno al tiempo que preservaba el sistema centrado en el Reino Unido. Y cuanto más general se hacía ese interés, más fácil era para Gran Bretaña manipular el equilibrio de poder para evitar el surgimiento de retos a su supremacía comercial.

Esta combinación de circunstancias dependía decisivamente de una tercera diferencia entre los sistemas británico y holandés. Mientras que el centro de intermediación e intercambio holandés era ante todo comercial, el británico era también industrial, el «taller del mundo». Inglaterra era desde hacía tiempo uno de los principales centros industriales de Europa, pero en el transcurso del siglo XVIII la expansión del comercio de intermediación inglés y los gastos estatales masivos durante las guerras napoleónicas convirtieron la capacidad industrial británica en un instrumento eficaz de engrandecimiento nacional³². Las guerras napoleónicas, en particular, constituyeron un punto de inflexión decisivo. En palabras de William McNeill,

la demanda gubernamental creó una precoz industria del hierro, con una capacidad excesiva para las necesidades de una época de paz, tal como lo mostró la de-

³¹ M. B. BROWN, *After Imperialism*, Londres, 1963, p. 63; P. KENNEDY, *The Rise and Fall of British Naval Mastery*, Londres, 1976, pp. 156-164, 149-150; J. NYE, *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*, Nueva York, 1990, p. 53.

³² G. Arrighi, *El largo siglo xx*, cit., cap. 3.

presión de la posguerra, en 1816-1820. Pero también creó las condiciones para un futuro crecimiento al ofrecer a los fabricantes de hierro ingleses extraordinarios incentivos para encontrar nuevas aplicaciones al producto más barato que los nuevos hornos a gran escala eran capaces de producir. De este modo, las demandas militares a la economía británica contribuyeron notablemente a configurar las fases subsiguientes de la revolución industrial, permitiendo la mejora de las máquinas de vapor y posibilitando innovaciones tan decisivas como el ferrocarril y los buques de hierro en una época y unas condiciones que simplemente no habrían existido sin el impulso dado a la producción de hierro por la guerra³³.

En el transcurso del siglo XIX los ferrocarriles y barcos de vapor unieron el mundo en una sola economía interactuante como nunca antes se había conocido. En 1848 no había nada que se pareciera a una red de ferrocarriles fuera de Gran Bretaña. Al cabo de treinta años, como señala Eric Hobsbawm, «las partes más remotas del mundo [comenzaron] a verse ligadas por medios de comunicación que carecían de precedentes en cuanto a regularidad, capacidad de transporte de grandes cantidades de artículos y personas, y sobre todo velocidad». Al tiempo que se ponía en funcionamiento este sistema de transportes y comunicaciones, el comercio mundial se expandía con un ritmo desconocido. Desde mediados de la década de 1840 hasta mediados de la de 1870, el volumen de mercancías transportadas por mar entre los principales países europeos al menos se cuadruplicó, mientras que el valor de los intercambios entre Gran Bretaña y el imperio otomano, América Latina, India y el sur de Asia se multiplicó casi por seis. Esta expansión del comercio mundial acabó intensificando finalmente la competencia y la rivalidad entre los Estados europeos, pero a mediados de siglo las ventajas de conectarse con el centro de intermediación e intercambio británico y de aprovechar sus instalaciones y recursos eran demasiado grandes como para que ningún Estado europeo las pasara por alto voluntariamente³⁴.

A diferencia del sistema holandés de comercio mundial del siglo XVII, que fue siempre puramente mercantil, el británico del siglo XIX se convirtió en un sistema integrado de producción y transporte mecanizados. Gran Bretaña era el principal organizador y beneficiario de este sistema de interdependencia universal, en el que ejercía la doble función de centro de cambio y compensación financiera y de regulador central. Si la primera era inseparable del papel de Gran Bretaña como taller del mundo, la función de regulador central lo era de su papel como principal constructor de imperios en el mundo no europeo. Volviendo a la metáfora de Peter de la Court, a diferencia de los Países Bajos, que efectivamente eran y siguieron siendo un «gato», Gran Bretaña era y siguió siendo un «animal de presa» territorial cuya conversión al capitalismo tan sólo avivaba su apeti-

³³ W. McNEILL, *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force and Society since ad 1000*, Chicago 1982, pp. 211-212 [ed. cast.: *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 234-235].

³⁴ E. HOBSBAWM, *The Age of Capital 1848-1875*, Nueva York, 1979, pp. 37-39 y 50-54 [ed. cast.: *La era del capital*, Barcelona, 1998, pp. 45-47 y 62-65].

to de expansión territorial. Como se ha señalado anteriormente, el saqueo de la India permitió a Gran Bretaña amortizar la deuda nacional contraída con los holandeses, y al posibilitarle el inicio de las guerras napoleónicas casi libre de deudas en el exterior, facilitó la multiplicación por seis de su gasto público entre 1792 y 1815, factor al que McNeill atribuye un papel decisivo en la configuración de la fase de producción de bienes de capital de la revolución industrial. Y lo que es más importante, se inició así el proceso de conquista de un imperio territorial en el sur de Asia que se iba a convertir en el pilar principal del poder global británico.

Hemos expuesto el desarrollo de ese proceso en otros textos³⁵. Aquí mencionaré únicamente los dos principales aspectos de su relación con la reproducción ampliada del poder británico, el demográfico y el financiero. Los enormes recursos demográficos de la India apuntalaron el poder mundial británico, tanto comercial como militarmente. Comercialmente, los trabajadores indios se transformaron por la fuerza, de importantes competidores de las industrias textiles europeas, en importantes productores de alimentos y materias primas baratas para Europa. Militarmente, los reclutas indios constituyeron un ejército colonial de estilo europeo, financiado enteramente por los contribuyentes indios, que fue utilizado durante todo el siglo XIX en la larga serie de guerras mediante las cuales Gran Bretaña abrió Asia y África al comercio y la inversión occidentales. En cuanto al aspecto financiero, la devaluación de la moneda india, la imposición de las infames *Home Charges* —con las que se hizo pagar a la India el privilegio de ser saqueada y explotada por Gran Bretaña— y el control del Banco de Inglaterra sobre las reservas indias de moneda extranjera, convirtieron conjuntamente a la India en el «eje» de la supremacía financiera y comercial de Gran Bretaña a escala mundial³⁶.

El declive británico

Bajo el liderazgo británico, la acumulación «sin fin» de capital y de poder se insertó así en una solución espacial de mayor escala y ámbito que en los ciclos ibérico-genovés y holandés. Pero por esa misma razón dio lugar finalmente a una sobreacumulación de capital mucho más masiva. Como en los ciclos anteriores, el centro vigente estaba inicialmente en mejor situación para sacar ventaja de la intensificación de la competencia

³⁵ G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, cit., pp. 106-114; 223-246 [*Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, cit., pp. 114-121; 229-244].

³⁶ Sobre estos y otros aspectos de la exacción de tributos de la India, véanse B. BROWN, *The Economics of Imperialism*, Harmondsworth, 1974, pp. 133-136; B. R. TOMLINSON, «India and the British Empire, 1880-1935», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 12, núm. 4, pp. 337-380; M. DE CECCO, *The International Gold Standard: Money and Empire*, Nueva York, 1984, pp. 62-63; D. WASHBROOK, «South Asia, the World System and World Capitalism», *Journal of Asian Studies*, vol. 49, núm. 3, p. 481; A. K. BAGCHI, «The Other Side of Foreign Investment by Imperial Powers», *Economic and Political Weekly* (8 de junio de 2002).

que marcó el cambio de fase de la expansión material a la financiera. La subsiguiente *belle époque* eduardiana, sin embargo, no fue sino un preámbulo a una escalada de los conflictos interestatales que revolucionó una vez más la geografía histórica del capitalismo mundial. La «revolución» análoga de finales del siglo XVIII y principios del XIX había eliminado de la lucha por el liderazgo capitalista a Estados protonacionales como las Provincias Unidas. En la «revolución» de la primera mitad del siglo XX les tocó a su vez el turno de verse apartados de la lucha a los Estados nacionales que no controlaran complejos agrario-industrial-militares integrados de escala continental.

«La nueva sensación de inseguridad aparecida en Gran Bretaña y su creciente militarismo y jingoísmo [a finales de siglo] –señala Andrew Gamble– surgió porque el mundo parecía repentinamente lleno de potencias industriales, cuyas bases metropolitanas eran potencialmente mucho más poderosas en términos de recursos, mano de obra y producción industrial.»³⁷ La rápida industrialización de la Alemania unificada a partir de 1870 fue particularmente preocupante para los británicos, porque creaba las condiciones para el surgimiento de una potencia territorial en Europa capaz de aspirar a la supremacía continental y de desafiar la supremacía naval de Gran Bretaña. Durante la Primera Guerra Mundial Gran Bretaña y sus aliados consiguieron contener a Alemania, y la guerra incluso incrementó la extensión del imperio ultramarino británico, pero los costes financieros de esos éxitos político-militares destruyeron la capacidad británica para seguir siendo el centro del capitalismo mundial.

Durante la guerra Gran Bretaña siguió funcionando como principal banquero y prestatario en los mercados de crédito mundiales, no sólo para sí misma, sino también para garantizar créditos a Rusia, Italia y Francia, como si se tratara de una reedición de su papel en el siglo XVIII como «banquero de la coalición». Había, sin embargo, una diferencia crítica: el enorme déficit comercial con Estados Unidos, que estaba suministrando municiones y alimentos a los aliados por valor de miles de millones de dólares, pero que compraba pocos bienes a cambio. «Ni la transferencia de oro ni la venta de las gigantescas cantidades de títulos estadounidenses en manos británicas habrían colmado ese foso; sólo endeudándose en los mercados monetarios de Nueva York y Chicago para pagar en dólares el abastecimiento norteamericano de munición podía colmar sus necesidades en aquellos instantes»³⁸. Cuando el crédito que se podía conceder a Gran Bretaña parecía exhausto, Estados Unidos arrojó todo su peso económico y militar en la guerra, inclinando la balanza en favor de sus deudores. Gran Bretaña se convirtió así en un participante más en los mecanismos del equilibrio de poder europeo, mientras que Estados Unidos aparecía como

³⁷ A. GAMBLE, *Britain in Decline: Economic Policy, Political Strategy and the British State*, Londres, 1985, p. 58.

³⁸ P. KENNEDY, *Rise and Fall of the Great Powers*, cit., p. 268.

el protagonista decisivo. El océano Atlántico le concedía la insularidad que el Canal de la Mancha ya no proporcionaba. Y lo que es más importante, a medida que las innovaciones en medios de transporte y comunicaciones seguían superando barreras espaciales, la lejanía de Estados Unidos se iba haciendo menos desventajosa en términos comerciales y militares. «De hecho, al ir emergiendo el Pacífico como zona económica rival al Atlántico, la situación de Estados Unidos se hizo central: una isla de tamaño continental con acceso ilimitado a los dos mayores océanos del mundo»³⁹.

El ascenso de Washington

Esa «isla de tamaño continental» venía fraguándose desde hacía tiempo. Era en parte la herencia de un proceso de expansión y ocupación territorial que se había prolongado durante todo un siglo y mediante el cual Estados Unidos había «internalizado» el imperialismo desde el mismo inicio de su historia⁴⁰, pero fue la revolución en los transportes y la industrialización de la guerra durante la segunda mitad del siglo XIX la que convirtió a este país en un poderoso complejo agrario-industrial-militar con ventajas competitivas y estratégicas decisivas frente a los Estados europeos. Evidentemente, el imperio territorial de escala mundial de Gran Bretaña contenía recursos aún mayores que los Estados Unidos. Sin embargo, la dispersión global y la débil integración recíproca de los dominios coloniales británicos –a diferencia de la concentración regional y la fuerte integración mutua, tanto política como económica, de los dominios territoriales de Estados Unidos– fue una diferencia crucial en la configuración espacial de los principales Estados capitalistas durante los «largos» siglos XIX y XX, respectivamente. Como se ha señalado anteriormente, el vasto imperio territorial británico fue un ingrediente esencial en la formación y consolidación del sistema de acumulación centrado en el Reino Unido. Pero tan pronto como la competencia interestatal por el «espacio vital» se intensificó bajo el impacto de la revolución en los transportes y la industrialización de la guerra, los costes de protección de los dominios metropolitanos y ultramarinos del Reino Unido comenzaron a multiplicarse, y sus posesiones imperiales pasaron de ser un activo a convertirse en un pasivo. Al mismo tiempo, la superación de las barreras espaciales originada por estos dos mismos fenómenos convirtió el tamaño continental, la compacidad, la insularidad y el acceso directo a los dos mayores océanos

³⁹ J. GOLDSTEIN y D. RAPKIN, «After Insularity. Hegemony and the Future World Order», *Futures*, vol. 23, núm. 9, p. 946.

⁴⁰ «Los historiadores estadounidenses que se ufanan de la ausencia de un colonialismo del tipo característico de las potencias europeas, simplemente ocultan el hecho de que toda la historia *interna* del imperialismo estadounidense fue la de un vasto proceso de conquista y ocupación territorial. La ausencia de territorialismo “en el extranjero” se basaba en un territorialismo sin precedentes “en casa”». G. S. JONES, «The History of US Imperialism», en Robin Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory*, Nueva York, 1972, pp. 216-217. Cursiva en el original. Véase también J. AGNEW, *The United States in the World-Economy: A Regional Geography*, Cambridge, 1987.

del mundo de Estados Unidos en ventajas estratégicas decisivas en la creciente lucha interestatal por el poder⁴¹.

Como cabía esperar, esa lucha concluyó con la llegada del mundo bipolar tantas veces predicho durante el siglo XIX y a principios del XX: «el orden internacional [...] ahora pasó “de un sistema a otro”. Sólo Estados Unidos y la URSS contaban [...] y de los dos, la “superpotencia” estadounidense era muy superior»⁴². Como subraya Thomas McCormick, los líderes estadounidenses intervinieron en la Segunda Guerra Mundial «no sólo para vencer a sus enemigos, sino a fin de crear la base geopolítica del orden mundial de la posguerra que ellos mismos pretendían construir y dirigir». Para la consecución de este ambicioso propósito se guiaron por los precedentes británicos durante las guerras napoleónicas. En particular,

Gran Bretaña no se incorporó al teatro de operaciones europeo hasta que la guerra hubo alcanzado su etapa final y decisiva. Su presencia militar directa pretendía impedir que cualquier otra potencia tratara de ocupar el lugar de Francia en la estructura continental de poder y fortalecer la legitimidad de la aspiración británica a desempeñar un papel decisivo en las negociaciones de paz. De forma paralela, Estados Unidos no entró en la guerra en Europa hasta su última y definitiva fase. La operación Overlord, su invasión de Francia en junio de 1944 y su empuje hacia el Este en Alemania restringieron de forma parecida las potenciales ambiciones rusas en el Oeste y aseguraron a Estados Unidos la presidencia de la mesa en las negociaciones de paz⁴³.

Estas analogías reflejan el hecho de que en las fases terminales de ambas transiciones el control sobre el equilibrio de poder en el sistema interestatal correspondía a la potencia hegemónica ascendente; pero la solución espacial y organizativa de la acumulación «sin fin» de capital y de poder puesto en práctica bajo la hegemonía estadounidense no podía ser la misma que la configurada por la hegemonía británica. Tenía que reflejar, por el contrario, la nueva geografía histórica del capitalismo, surgida de la destrucción inexorable de la solución espacial británica aplicada durante el siglo XIX. A modo de conclusión, destacaré ahora la naturaleza y contradicciones de la solución espacial estadounidense y buscaré respuestas a la pregunta planteada al comienzo del ensayo de por qué tuvo tanto éxito «aterrorizar al pueblo estadounidense» para asentar la hegemonía de Estados Unidos durante la presidencia de Truman y por qué ahora esa misma táctica puede contribuir a poner fin a la misma⁴⁴.

⁴¹ G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, pp. 66-84 [*Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, cit., pp. 73-91].

⁴² P. KENNEDY, *Rise and Fall of the Great Powers*, cit., p. 357.

⁴³ T. McCORMICK, *America's Half-Century: United States Foreign Policy in the Cold War*, Baltimore, 1989, pp. 33-35.

⁴⁴ G. Arrighi, «Hegemony Unravelling, Part 1», cit., p. 27 [*Comprender la Hegemonía – 1*, cit., pp. 23-24].

III. EL ESTADO MUNDIAL QUE NUNCA EXISTIÓ

En un libro publicado por primera vez en 1948, Ludwig Dehio argumentó que cada ronda de la lucha por el poder europeo había creado las condiciones para una expansión geográfica del sistema de Estados soberanos centrado en Europa, para una «migración» de los centros de poder hacia el oeste y hacia el este, y para una mutación irreversible de la estructura del sistema en expansión. De hecho, Dehio presentaba su estudio sobre los mecanismos que habían reproducido el equilibrio de poder europeo durante los cinco siglos precedentes como «una estructura que ha dejado de existir [...] por decirlo así, el resultado de una autopsia»:

El equilibrio de poder en Occidente sólo se preservó únicamente añadiendo nuevos contrapesos a la balanza procedentes de territorios situados más allá de sus fronteras, contra las fuerzas que aspiraban a la supremacía. [...] En la Segunda Guerra Mundial, fuerzas que habían abandonado Europa en emigraciones sucesivas [...] regresaron inesperadamente hacia la región de la que provenían [...] El antiguo sistema pluralista de pequeños Estados fue totalmente superado por las jóvenes superpotencias a las que había pedido ayuda al sentirse más capaz que nunca de defenderse por sí solo. [...] Así se viene abajo el antiguo marco en el que se había desarrollado la historia europea. Aquel escenario estrecho está perdiendo su importancia primordial como decorado para un reparto más vigoroso, quedando incorporado a un proscenio más amplio. En ambos escenarios los dos gigantes mundiales asumen el papel protagonista. [...] Un sistema dividido en Estados revierte una y otra vez a un equilibrio inestable. Pero la antigua tendencia europea a la división se está viendo desplazada por la actual tendencia global a la unificación, cuya arremetida puede no detenerse hasta que se haya asentado en la totalidad del planeta⁴⁵.

Medio siglo después de que se escribieran estas líneas, el colapso de uno de los dos «gigantes mundiales» y la nueva centralización de la capacidad militar global en manos estadounidenses pareció convertir en proféticas esas observaciones; pero mucho antes de que Dehio hubiera sugerido la inversión de «la vieja tendencia europea hacia la división», Franklin D. Roosevelt había ya afrontado la cuestión de qué tipo de estructura política podría surgir de «la nueva tendencia global hacia la unificación». Contemplando retrospectivamente los treinta años de guerras mundiales, revoluciones, contrarrevoluciones y el colapso económico más serio de la historia del capitalismo, Roosevelt se había convencido de que el caos mundial sólo podía superarse mediante una reorganización fundamental de la política mundial. En su concepción era central la idea de que la seguridad para el mundo debía basarse en el poderío estadounidense ejercido mediante instituciones internacionales. «Pero para que tal plan tuviera un atractivo ideológico amplio para los pueblos desdichados del mundo, tenía que provenir de una institución menos esotérica

⁴⁵ L. DEHIO, *The Precarious Balance: Four Centuries of the European Power Struggle* [1948], Nueva York, 1962, pp. 264-266, 269.

que un sistema monetario internacional y menos burda que un conjunto de bases o alianzas militares.»⁴⁶

La institución clave sería las Naciones Unidas, con su llamamiento al deseo universal de paz y el ansia de las naciones pobres de independencia y de una igualdad final con las ricas. No sin razón, Franz Schurmann califica de revolucionarias las implicaciones políticas de esa concepción:

Por primera vez en la historia del mundo, se producía una institucionalización concreta de la idea de gobierno mundial. Mientras que la Sociedad de Naciones estaba guiada por la idea típica del siglo XIX de un congreso de naciones, las Naciones Unidas estaban guiadas abiertamente por las ideas políticas estadounidenses [...] En el tipo de sistema mundial que había creado Gran Bretaña mediante su imperio no había nada de revolucionario. Sí lo había en el tipo de mercado mundial que surgió de este país desde el siglo XVIII [...] La auténtica grandeza imperial británica fue económica, no política. Las Naciones Unidas, en cambio, fueron y siguen siendo una idea política. La Revolución Americana había demostrado que las naciones se pueden construir mediante la acción consciente y deliberada de los hombres [...] Lo que Roosevelt tuvo la audacia de concebir y poner en práctica fue la ampliación de ese proceso de construcción estatal al conjunto del mundo⁴⁷.

La concepción rooseveltiana del gobierno mundial tenía objetivos sociales e implicaciones de tipo presupuestario y financiero. Era una predicción consciente a escala mundial del New Deal estadounidense.

La esencia del New Deal era la idea de que un gobierno grande debía gastar con liberalidad para alcanzar la seguridad y el progreso. Así, pues, la seguridad de posguerra requeriría donaciones generosas por parte de Estados Unidos a fin de superar el caos creado por la guerra. La ayuda a [...] las naciones pobres tendría el mismo efecto que los programas de bienestar social dentro de Estados Unidos, lo que les proporcionaría seguridad de superar el caos y evitaría que se convirtieran en revolucionarios violentos. Entretanto, se verían arrastradas inexorablemente al mercado mundial resucitado, con lo que se volverían responsables, como lo habían hecho los sindicatos estadounidenses durante la guerra. La ayuda a Gran Bretaña y al resto de Europa occidental reavivaría el crecimiento económico, lo que estimularía el comercio trasatlántico y ayudaría a la economía estadounidense a largo plazo. Estados Unidos había gastado sumas enormes incurriendo en grandes déficit presupuestarios a fin de mantener el esfuerzo de guerra. El resultado había sido un sorprendente e inesperado crecimiento económico. El gasto de posguerra produciría el mismo efecto a escala mundial⁴⁸.

⁴⁶ F. SCHURMANN, *The Logic of World Power. An Inquiry into the Origins, Currents and Contradictions of World Politics*, Nueva York, 1974, p. 68.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 71.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 67.

Y así sucedió efectivamente, pero sólo después de que el «unimundismo» de Roosevelt –que incluía a la URSS entre los países pobres del mundo que se incorporarían al nuevo orden para mayor beneficio y seguridad de todos– se convirtiera en el «libremundismo» de Truman, que convirtió la contención del poder soviético en el principio organizador primordial de la hegemonía estadounidense. El idealismo revolucionario de Roosevelt –que veía en las instituciones del gobierno mundial el principal instrumento mediante el que el New Deal se extendería al conjunto del mundo– quedó desplazado por el realismo reformista de sus sucesores, que institucionalizaron el control estadounidense sobre el dinero mundial y el poder militar global como instrumentos fundamentales de la hegemonía de Estados Unidos⁴⁹.

En efecto, el proyecto de Roosevelt era demasiado idealista para el paladar del Congreso y los empresarios estadounidenses. El mundo era un lugar demasiado grande y demasiado caótico para que Estados Unidos lo reorganizara a su imagen y semejanza, particularmente si esa reorganización se debía conseguir mediante órganos de gobierno mundial en los que la Administración estadounidense tendría que llegar a compromisos con las opiniones e intereses de amigos y enemigos. El Congreso y la comunidad empresarial estadounidense eran demasiado «racionales» en sus cálculos de los costes y los beneficios pecuniarios de la política exterior estadounidense como para proporcionar los medios necesarios para llevar a la práctica un plan tan poco realista. De hecho, como se señaló anteriormente, si no hubiera «sucedido lo de Corea» dando a Truman el pretexto que necesitaba para «terrorizar al pueblo estadounidense», ni siquiera se habría podido financiar el rearme estadounidense y europeo a gran escala que preconizaba el Documento 68 del Consejo de Seguridad Nacional. Pero «sucedió lo de Corea», y el rearme masivo durante y después de aquella guerra proporcionó un tremendo impulso a la economía estadounidense y mundial.

Mientras el gobierno estadounidense actuó como banco central mundial permisivo, la ayuda militar estadounidense a otros gobiernos y los gastos militares directos en extranjero –que crecieron constantemente entre 1950 y 1958 y de nuevo entre 1964 y 1973– bombearon liquidez a la producción y el comercio mundiales, que crecieron con tasas sin precedentes⁵⁰. En opinión de Thomas McCormick, el periodo de 23 años iniciado con la guerra de Corea y concluido con los acuerdos de paz de París en 1973, que pusieron prácticamente fin a la guerra de Vietnam, fueron «el periodo más largo y rentable de crecimiento económico de la historia del capitalismo mundial»⁵¹.

Éste es el periodo que muchos llaman la «edad de oro del capitalismo». Aunque las tasas de expansión de la producción y el comercio mundia-

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 5, 67, 77.

⁵⁰ Véanse D. CALLEO, *The Atlantic Fantasy: The US, NATO and Europe*, Baltimore, 1970, pp. 86-87, y R. GILPIN, *The Political Economy of International Relations*, Princeton, 1987, pp. 133-134.

⁵¹ Thomas McCormick, *America's Half-Century*, cit., p. 99.

les durante las décadas de 1950 y 1960 fueron excepcionales en términos históricos, no era desde luego la primera época dorada del capitalismo. Igualmente impresionante fue la era del capital de Hobsbawm (1848-1875), que los observadores de finales del siglo XIX comparaban a la era de los grandes descubrimientos⁵². Como la «era del capital» de un siglo antes, la edad dorada de las décadas de 1950 y 1960 concluyó con un largo periodo de expansión financiera que culminó en un resurgimiento de las prácticas imperialistas. La auténtica novedad del actual resurgimiento, en comparación con el de hace un siglo, es el intento de la potencia hegemónica declinante de resistirse al declive convirtiéndose en un Estado mundial. Tal intento sería una prolongación por otros medios y en circunstancias radicalmente diferentes del proyecto de gobierno mundial de Roosevelt. Aunque la versión de éste de un New Deal global para el mundo entero nunca se materializó, la versión militarizada y empujada de Truman durante la Guerra Fría dio lugar a una importante expansión del capital y el poder estadounidenses. ¿Por qué entonces está fracasando tan patentemente el proyecto neoconservador de repetir aquella experiencia en condiciones de centralización aún mayor de la capacidad militar global en manos estadounidenses?

Formas de protección

La concepción de Charles Tilly de las actividades estatales como facetas complementarias de la organización y monopolización de la violencia nos ofrece una respuesta sencilla a esta pregunta. Hagan lo que hagan los gobiernos, argumenta Tilly, «se distinguen de otras organizaciones por su tendencia a monopolizar los medios concentrados de violencia». Esta tendencia se materializa mediante cuatro tipos diferentes de actividad: protección, construcción del Estado, organización de la guerra y exacción de tributos. La protección es el «producto» más peculiar de las actividades estatales. Como subraya Tilly, «la palabra “protección” tiene dos sentidos diferentes». Uno de ellos evoca la tranquilizadora idea de un amigo poderoso que proporciona amparo frente al peligro. El otro evoca la siniestra imagen de un matón mafioso que obliga a los comerciantes a pagar un tributo a fin de evitar un daño que el propio matón amenaza tácita o abiertamente con infligir él mismo.

Que sea una u otra la imagen que la palabra «protección» sugiera es algo que depende principalmente de nuestra evaluación de la realidad y la externalidad de la amenaza. Quien produce tanto el peligro como un amparo pagado frente a él es un chantajista. Quien proporciona un amparo necesario pero tiene poco control sobre la aparición del peligro es percibido como un *protector legítimo*, especialmente si el precio que cobra no es más alto que el de sus competidores. Quien ofrece una defensa fiable a bajo precio tanto frente a los chantajistas locales como frente a los saqueadores de fuera es el que hace la mejor oferta.

⁵² E. Hobsbawm, *La era del capital*, cit., p. 46.

Con esa definición, prosigue Tilly, la oferta de protección por parte de los gobiernos puede calificarse a menudo como chantaje

En la medida en que las amenazas contra las que protege determinado gobierno a sus ciudadanos son imaginarias o consecuencia de sus propias actividades, el gobierno se convierte en una mafia chantajista. Dado que los propios Estados suelen simular, estimular o incluso generar amenazas de guerra externa y dado que sus actividades represivas y recaudadoras suelen constituir las mayores amenazas para el sustento de sus propios ciudadanos, muchos gobiernos operan esencialmente de la misma forma que los *chantajistas*. Existe, por supuesto, una diferencia: los chantajistas, según la definición convencional, operan sin la *santidad de los gobiernos*⁵³.

Siguiendo a Arthur Stinchcombe, Tilly afirma que la legitimidad de los que ejercen el poder depende mucho menos del consentimiento de aquellos sobre quienes se ejerce que el del consentimiento de otros agentes de poder. Y añade que «es mucho más probable que [otras autoridades] confirmen las decisiones de una autoridad desafiada que controla una fuerza sustancial; no sólo el temor a las represalias, sino también el deseo de mantener un entorno estable recomienda esa regla general»⁵⁴. La credibilidad de la pretensión de un gobierno particular de proporcionar protección, y la dificultad de resistirse a ella, aumentan así con su éxito en el monopolio de los medios de violencia concentrados. Esto supone la eliminación o neutralización de los rivales, tanto dentro de sus dominios territoriales (construcción del Estado) como fuera de ellos (organización de la guerra). Y dado que la protección, la construcción del Estado y la organización de la guerra requieren medios financieros y materiales, la exacción de tributos es el medio con el que los Estados obtienen esos recursos. Si se llevan a cabo eficazmente, esas cuatro actividades «suelen reforzarse mutuamente»⁵⁵.

El cambio del papel de Estados Unidos

El modelo de Tilly destaca la sinergia entre la producción u oferta de protección, la construcción del Estado, la organización de la guerra y la exacción de tributos para asegurar el éxito estatal en la monopolización de los medios concentrados de violencia *a escala nacional*. A fin de aplicar ese modelo al caso estadounidense de un Estado que ha tratado de organizar y monopolizar medios concentrados de violencia *a escala global*, se hacen precisas dos matizaciones: en primer lugar, la formación de un Estado mundial difumina la distinción entre las actividades de construcción del Estado

⁵³ C. TILLY, «War Making and State Making as Organized Crime», en P. B. Evans, D. Rueschmeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge 1985, pp. 170-171. Cursiva añadida.

⁵⁴ A. STINCHCOMBE, *Constructing Social Theories*, Nueva York, 1968, p. 150; Ch. Tilly, «War Making and State Making», cit., p. 171.

⁵⁵ Ch. Tilly, «War Making and State Making», cit., pp. 171 y 181.

y las de organización de la guerra, ya que ese supuesto Estado mundial proclama el mundo entero como su campo de operaciones y rechaza así de facto la distinción entre los dominios intraestatal e interestatal. De ahí la descripción generalizada de las muchas «guerras» que Estados Unidos ha venido haciendo desde el final de la Segunda Guerra Mundial como acciones policiales más que guerras. Además, dado que la «santidad de los gobiernos» todavía corresponde a los Estados nacionales, el supuesto Estado mundial afronta mayores dificultades para presentarse como organizador de una «protección legítima» en vez de como una «mafia chantajista».

Teniendo en cuenta esas matizaciones, podemos entender el fracaso de la Administración de Bush en repetir los logros de Truman señalando la diferencia existente entre una extorsión de una mafia y la protección legítima. Pese a todos sus límites, el proyecto de gobierno mundial militarizado y empequeñecido lanzado por Truman era percibido por gran número de gobernantes a escala nacional como protección legítima. Esto se debía en parte al recurso por parte de Estados Unidos durante las décadas de 1950 y 1960 a las Naciones Unidas para asegurar que al menos parte de la «santidad de los gobiernos», que todavía residía a escala nacional, fuera concedida a las actividades estadounidenses de gobierno del mundo. Las dos principales razones por las que el proyecto de Guerra Fría de Estados Unidos podía calificarse como protección legítima eran empero factuales más que institucionales.

La primera razón, parafraseando a Tilly, era que ofrecía un amparo necesario frente a un peligro que Estados Unidos no había producido. Aunque en los terrenos económico y político Estados Unidos había sido el principal beneficiario de la violencia intensificada de la primera mitad del siglo xx, el epicentro de esa escalada fue Europa, no Estados Unidos. Europa era la que más necesitaba ese amparo, porque como señala Arno Mayer en un contexto diferente, en ambas guerras mundiales «el sacrificio de sangre de Europa fue incomparablemente mayor y más doloroso que el de Estados Unidos»⁵⁶, pero ese sacrificio tenía como origen conflictos europeos. Al ofrecer un orden mundial capaz de reducir la probabilidad de que se reprodujeran conflictos similares, Estados Unidos aparecía como un protector legítimo.

La segunda razón era que Estados Unidos ofrecía protección eficaz a un precio inmejorable. Tanto Roosevelt como Truman proponían financiar la oferta de protección mundial con el capital excedente acumulado en Estados Unidos durante los anteriores treinta años de caos mundial. Ningún Estado, y mucho menos las nuevas instituciones internacionales recientemente creadas, contaba con los recursos necesarios para igualar el bajo precio de esa oferta. De hecho, el principal problema de la Administración de Truman no fue encontrar clientes para la protección que ofrecía,

⁵⁶ A. MAYER, «Beyond the Drumbeat: Iraq, Preventive War, “Old Europe”», *Monthly Review*, marzo de 2003.

sino persuadir al Congreso de que la inversión del capital excedente estadounidense en la producción de protección a escala mundial correspondía efectivamente al interés nacional. Fue con ese fin por lo que Truman exageró astutamente la amenaza comunista.

Esta situación comenzó a cambiar a partir de la «crisis-señal» de la hegemonía estadounidense a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. La guerra de Vietnam demostró que la protección estadounidense no era tan fiable como proclamaba Estados Unidos y como esperaban sus clientes. En el transcurso de las guerras mundiales Estados Unidos se había hecho rico y poderoso dejando a otros países arrostrar la mayor parte del combate, suministrándoles crédito, alimentos y armas, observando cómo se agotaban mutuamente en los terrenos financiero y militar e interviniendo al final del conflicto para asegurar un resultado favorable a su interés nacional. En Vietnam, en cambio, tuvo que asumir la mayor parte del combate en un entorno social, cultural y políticamente hostil, mientras que sus clientes europeos y de Asia oriental se fortalecían como competidores económicos y las multinacionales estadounidenses acumulaban beneficios en mercados financieros extraterritoriales, privando al gobierno estadounidense de rentas tributarias muy necesarias. Como consecuencia de esta combinación de circunstancias, el poderío militar estadounidense perdió credibilidad y el patrón oro-dólar se vino abajo. Para empeorar aún más las cosas, las Naciones Unidas se convirtieron en una tribuna resonante para las quejas del Tercer Mundo, generando poca legitimidad para el ejercicio estadounidense de funciones gubernamentales a escala mundial.

Tras una década de profundización de la crisis, la Administración de Reagan inició la transformación de la protección legítima en chantaje mafioso. Dejó de lado a las Naciones Unidas como fuente de legitimidad de la hegemonía estadounidense. Comenzó a extorsionar a Japón —que resultaba ser tanto el cliente más necesitado de la protección estadounidense como el acumulador más rápido de capital excedente— para que limitara su competencia frente a Estados Unidos mediante la restricción «voluntaria» de exportaciones (un mecanismo sin precedentes en el comercio internacional) y utilizara su capital excedente para financiar el creciente déficit presupuestario y comercial estadounidense. Fue modificando gradualmente al alza el equilibrio de terror con la Unión Soviética mediante una importante escalada de la carrera de armamentos; y utilizó a una gran variedad de matones locales (incluido Saddam Hussein) y fundamentalistas religiosos (incluido Osama bin Laden) para poner límites al poder de la URSS y del Tercer Mundo. Estados Unidos comenzó así a elevar el precio de su protección, y al mismo tiempo a producir los peligros contra los que más tarde ofrecería protección.

El éxito de la Administración de Reagan en socavar el poder soviético y del Tercer Mundo creó la ilusión vigente durante la presidencia de George Bush I de que el «imperio de las bases» estadounidense podría pagarse por sí mismo. Como ha señalado Chalmers Johnson, tal imperio era (y

es) mucho más vulnerable que «los viejos imperios autofinanciados» frente al déficit comercial y los movimientos de capital. «Ocasionalmente», sin embargo, el imperio de bases estadounidenses «obtiene beneficios porque, como los gánsteres de la década de 1930 que obligaban a la gente y a las empresas extorsionadas a pagar protección, Estados Unidos presiona a los gobiernos extranjeros para que paguen sus proyectos imperiales». La más destacada de estas ocasiones fue la primera guerra de Iraq. Obligando a las Naciones Unidas a proporcionar legitimidad para la guerra, la Administración de Bush consiguió extraer de sus clientes más ricos y más dependientes militarmente (en particular Arabia Saudí, Kuwait, los Emiratos Árabes Unidos, Alemania y Japón) contribuciones financieras que totalizaban 54.100 millones de dólares, mientras que la contribución estadounidense de 7.000 millones de dólares equivalía a poco más de la mitad de la japonesa cifrada en 13.000 millones⁵⁷. Además, estos pagos enormes se hacían a cambio de la protección, no frente a un peligro como el comunismo que Estados Unidos no había creado, sino frente a un peligro que podía atribuirse en parte al apoyo a la guerra de Saddam Hussein contra Irán.

El desplazamiento de la protección legítima a la extorsión mafiosa prosiguió con otros medios durante la presidencia de Clinton. La mediación de la ONU como generador de legitimidad para las acciones policiales estadounidenses fue de nuevo descartada, ahora en favor de la encomienda a la OTAN de determinadas misiones «humanitarias», al tiempo que se renovaban las instituciones de Bretton Woods como instrumentos del dominio estadounidense sobre un mercado global cada vez más integrado. El «éxito» de las misiones de Bosnia y Kosovo, junto con el irresistible ascenso de la burbuja de la nueva economía, otorgaron credibilidad a la presentación por parte de la secretaria de Estado Albright de Estados Unidos como «nación indispensable». Pero el fundamento de esta «indispensabilidad» no era la supuesta capacidad de Estados Unidos, proclamada por Albright, de «ver más allá que otros países»⁵⁸, sino, por el contrario, un temor general al daño irreparable que la política estadounidense podía in-

⁵⁷ Ch. JOHNSON, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the Republic*, Londres, 2004, pp. 25, 307. Según Johnson, Estados Unidos proclamó más tarde que incluso había obtenido unas pequeñas ganancias del conflicto. Véase también E. HOBBSAWM, *Age of Extremes: The Short 20th Century, 1914-1991*, Londres, 1994, p. 242 [ed. cast.: *Historia del siglo xx*, Barcelona, 1995, pp. 256-257]. Ésta fue la primera y única vez que Estados Unidos no sólo pretendió que sus clientes pagaran una de sus guerras importantes, sino que de hecho lo logró. Por sí mismo, el éxito de la extorsión no era una muestra de hegemonía, porque en la cumbre de ésta Estados Unidos pagaba completamente sus guerras y la protección de sus clientes. Era una señal, por el contrario, de que la hegemonía estadounidense había dejado de ser *hegemony* pero estaba todavía lo suficientemente arraigada para permitir a Estados Unidos obligar a sus clientes a pagar por la protección que les estaba ofreciendo. El fracaso de George Bush II en hacer que sus clientes paguen la Segunda Guerra de Iraq (véase más adelante), puede entenderse en cambio, como un signo de que Estados Unidos ha perdido tanto la *hegemony* como la hegemonía.

⁵⁸ Citado por S. SESTANOVICH en «Not Much Kinder and Gentler», *The New York Times* (3 de febrero de 2005).

fligir al resto del mundo. Los peligros contra los que Estados Unidos ofrecía protección ahora eran peligros que los propios Estados Unidos habían creado o podían crear. Y los billones de dólares que los gobiernos extranjeros vertían en los cofres del Tesoro estadounidense mostraban que esa protección ya no era nada barata.

¿Se puede prescindir de Estados Unidos?

Los neoconservadores de la Administración de Bush no son pues quienes iniciaron la transformación de Estados Unidos de un protector legítimo en un chantajista mafioso. Cuando llegaron al poder esa transformación ya estaba en una etapa muy avanzada; pero al llevarla demasiado lejos, acabaron revelando involuntariamente sus límites, tanto militares como económicos. Como vimos en la primera parte de este ensayo, su intento de demostrar que el poderío militar estadounidense podría vigilar eficazmente el mundo y al mismo tiempo asegurar la prolongación de la centralidad de Estados Unidos en la economía política global fracasó en ambos aspectos⁵⁹. Este doble fracaso se puede achacar a una ambición exagerada en la aplicación de la red extorsionadora estadounidense a escala mundial.

El propio Colin Powell evocó la siniestra imagen de la extorsión mafiosa presentada por Tilly cuando dijo que Estados Unidos debía ser «el gallo del corral». El resto del mundo lo aceptaría con agrado, prosiguió con aplomo, evocando la confortadora imagen de la protección, porque «se puede confiar en que Estados Unidos no abusará de ese poder»⁶⁰. No sabemos en qué basaba Powell esa confianza, pero si los informes de todo el mundo antes citados reflejan la realidad, la confortadora imagen de la protección estadounidense ha dado paso a la bastante más siniestra de unos Estados Unidos que tratan de incluir por la fuerza a todo el mundo en su propia agenda de política exterior. Y lo que es más importante, esa pretensión no está teniendo éxito.

La prueba más convincente es la renuencia, hasta de sus clientes más fieles, en proporcionar a Estados Unidos los recursos que necesita para salir de la ciénaga iraquí. Pese a los intentos de Powell de poner buena cara declarando un éxito la «Conferencia de Donantes» convocada en Madrid después de que el Consejo de Seguridad de la ONU hubiera otorgado cierta legitimidad jurídica a la ocupación de Iraq, los pagos quedaron muy por debajo de las expectativas y de las cantidades recaudadas para la guerra de 1991. Las donaciones reales (esto es, a fondo perdido) no llegaron ni a una octava parte del objetivo de 36.000 millones de dólares ni a la

⁵⁹ G. Arrighi, «Hegemony Unravelling, Part 1», cit., pp. 50-80 [Comprender la Hegemonía – 1», cit., pp. 46-74].

⁶⁰ Citado en D. Harvey, *The New Imperialism*, cit., p. 80 [El nuevo imperialismo, cit., p. 74].

cuarta parte del compromiso estadounidense de 20.000 millones de dólares. En notorio contraste con las exitosas extorsiones de la primera guerra de Iraq, esta vez le toca a Estados Unidos soportar todo el peso financiero de la guerra. Alemania y Arabia Saudí no han contribuido prácticamente con nada. Incluso la promesa de 1.500 millones de dólares de Japón –que fue de lejos el mayor contribuyente en Madrid– quedaba muy por debajo de los 13.000 millones con los que contribuyó este país a la primera guerra de Iraq, especialmente si se tiene en cuenta que en términos reales los dólares tenían una cotización considerablemente más alta en 1991 que en 2003.

Este brusco declive de la capacidad estadounidense para extraer de sus clientes pagos por protección puede achacarse a una percepción de que esta protección se ha vuelto contraproducente, bien porque Estados Unidos exprime a algunos de sus clientes, dejándolos expuestos a peligros mayores que aquellos de los que se creían protegidos, como en el caso de Arabia Saudí, o porque las iniciativas estadounidenses amenazan con crear mayores peligros en el futuro que aquellos contra los que reciben actualmente protección, como sucede probablemente en el caso de Alemania. Aun así, la espectacular reducción de los pagos de tributos se puede atribuir en parte a la creencia de que la necesidad de protección estadounidense, por lo que vale, es menos apremiante que en 1991. Esta creencia está mucho más generalizada que lo que podría hacer pensar el respeto ritual todavía manifestado hacia el poder estadounidense, pero es probablemente más importante en el caso de Japón y otros clientes estadounidenses en la región de Asia oriental.

Hasta hace muy poco, muchos Estados de la región consideraban aún esencial la protección estadounidense para contrarrestar la amenaza real o imaginaria que suponía China para su seguridad. Hoy día, en cambio, China ya no se estima como una seria amenaza, e incluso si tal amenaza resurgiera, la protección estadounidense se considera poco fiable. Además, la capacidad de Estados Unidos para extorsionar pagos de protección a sus clientes de Asia oriental se ha visto aún más reducida por la combinación de la creciente dependencia estadounidense con respecto al dinero de Asia oriental y la menor dependencia de los países de Asia oriental con respecto al mercado estadounidense, con la consolidación de China como su mayor, más rápidamente creciente y más rentable mercado.

Como vimos en la primera parte de este ensayo, la atracción de China como socio económico y estratégico alcanza mucho más allá de la región de Asia oriental. El ascenso de China recuerda de hecho el estadounidense durante las guerras mundiales de la primera mitad del siglo xx. Del mismo modo que Estados Unidos surgió como el auténtico vencedor de la Segunda Guerra Mundial después de que la URSS le hubiera roto la espina dorsal a la Wehrmacht en 1942-1943, ahora todas las pruebas parecen apuntar a que China será el auténtico vencedor de la guerra contra el terrorismo, consiga o no finalmente Estados Unidos quebrar la espina

dorsal de Al Qaeda y de la insurgencia iraquí⁶¹. La perspectiva adoptada en este artículo no basta para responder a la pregunta de si esta «victoria» puede dar lugar a una nueva solución espacial global y qué aspecto podría tener éste. Todo lo que nos permite decir es que el nuevo imperialismo del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano señala probablemente el fin poco glorioso de la lucha durante sesenta años de Estados Unidos por convertirse en el centro organizador de un Estado mundial. Esa lucha cambió el mundo, pero ni siquiera en sus momentos más triunfales alcanzó Estados Unidos su propósito. Al final de ese largo proceso, todo lo que ha conseguido George W. Bush ha sido demostrar que Albright estaba equivocada. «Resulta que Estados Unidos –se lamenta Michael Lind– es una nación prescindible».

Hasta hace muy poco, no se podía hacer nada sin Estados Unidos; pero ahora la mayor parte de la construcción de instituciones internacionales relevantes a largo plazo de la diplomacia y el comercio global tiene lugar sin la participación estadounidense [...] Europa, China, Rusia, América Latina y otras regiones y naciones están adoptando pausadamente medidas cuyo efecto [...] será recortar la importancia de Estados Unidos⁶².

El descrédito del mito de la «nación indispensable» no significa que Estados Unidos no pueda emprender actos de provocación que inicien un conflicto con China a escala regional o quizá global, como pronosticaba el peor escenario de Harvey; tampoco significa que en algún momento Estados Unidos y Europa no puedan unir sus fuerzas para poner en pie el tipo de proyecto «ultraimperialista» que Harvey considera la única alternativa realista al «crudo imperialismo militarista» de los neoconservadores estadounidenses⁶³; pero sí significa, en cambio, que ambas alternativas parecen menos probables hoy que hace dos años; y para los más optimistas, puede también indicar que están surgiendo como posibilidad histórica real alternativas menos violentas y más benevolentes que las consideradas por Harvey.

⁶¹ Un participante en una mesa redonda del Institute of Electrical and Electronics Engineers recordaba recientemente el viejo chiste de que Estados Unidos combatió la Guerra Fría y fue Japón quien la ganó. «El nuevo chiste es que Estados Unidos está combatiendo la guerra contra el terror, pero es China quien la está ganando» («East Asia Rising», www.spectrum.ieee.org). También cabe señalar que ambos chistes captan importantes aspectos de la dinámica del capitalismo histórico.

⁶² M. LIND, «How America Became the World's Dispensable Nation», *Financial Times* (25 de enero de 2005).

⁶³ G. Arrighi, «Hegemony Unravelling, Part 1», p. 50 [«Comprender la hegemonía» – 1, cit., pp. 45-46]; D. Harvey, *The New Imperialism*, cit., pp. 209-211 [*El nuevo imperialismo*, cit., pp. 156-158].